

este momento cuando venimos a cerciorarnos de la muerte del Santísimo Padre Pío X, la que aconteció el día diez y nueve de este mes. El Sumo Pontífice de s.m. acababa de cumplir el undécimo año de su Pontificado lleno este de glorias y amarguras santamente sostenidas y sufridas.

El don de profecía y milagros anticar, la santidad de su vida privada, los ataques de la masonería contra las puertas de la Iglesia, cuyas llaves había recibido en hora azarosa y difícil dan a entender cuán diligente ha sido el pastor, cuyo lema fué restaurarlo todo en X^{to} y cuyos actos todos fueron la realización indefectible y constante de tan apostólico propósito.

Así y todo el "Príncipe de la paz", el que tanto anhelaba por la unión de todos, bajo un solo cayado, no pudo resistir el fiero golpe que recibiera su corazón de padre y de jefe de la Iglesia al ver la conflagración europea, con sus consecuencias anticristianas, la que tanto se parece a los acontecimientos apocalípticos registrados por el profeta de Patmos; luego corrió por el mundo entero esta noticia lugubre:

"Pío X ha muerto!!"

Tan grande es la idea que nos formamos de la santidad personal del extinto Vicario de J.C. que es nuestra convicción antes que levantamos ruegos al altísimo por, que después del rudo cautiverio de acá no se le prolongue el de más allá, mas bien hemos de encomendarnos a su intercesión.

Sin embargo como a nadie le es dado conocer los juicios de Dios, es deber ineludible de todos los fieles rezar por el descanso eterno de un Padre tan solícito para con nosotros, como lo fué, él, cuya separación lamentamos.

También es obligación para todos los fieles levantar oraciones al cielo, porque su Santa y provida misericordia acorte los días de viudez de su Iglesia y le otorgue pronto el experto piloto y el nauta hábil, del cual necesita ahora más que nunca.